

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

Mártires e inquisidores: notas sobre la construcción del héroe policial. .

Galeano, Diego.

Cita:

Galeano, Diego (2008). *Mártires e inquisidores: notas sobre la construcción del héroe policial*. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/357>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edBm/ntf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mártires e inquisidores
Notas sobre la construcción del héroe policial *

Diego Galeano¹

“Damos forma a dioses que nos dan forma”, señalaba recientemente Edgar Morin en un libro sobre la barbarie en occidente.² Este trabajo analiza, precisamente, la formación de una cierta deidad que dio forma a la cultura policial argentina: la figura del héroe. En verdad, de acuerdo con la tradición mitológica, el héroe es menos que un dios, pero es a la vez *algo más* que un hombre. El culto de los héroes en la modernidad conserva la idea de que ellos tienen un plus, un exceso, que se convierte en enseñanza moral.

El héroe policial se formó como una suerte de deidad con dos caras: una de tipo sacrificial en la cual se destaca la imagen del *mártir*, el policía “caído en cumplimiento del deber”; otra de tipo detectivesca, articulada en torno al modelo del *inquisidor*, el policía que descubre la trama de un crimen después de una tenaz pesquisa.³ Uno ofrece sus virtudes como un don, a través del ejemplo de su muerte, el otro invita a imitar el célebre paradigma del detective urbano. Mártires e inquisidores fueron las principales figuras del heroísmo policial: intentaré mostrar cómo ellas coexistieron, al menos desde la década de 1870, en revistas de policía, periódicos, memorias institucionales, y cómo –finalmente- una se impuso sobre la otra.

La organización institucional iniciada en la segunda mitad del siglo XIX involucró diversas estrategias de delimitación del oficio policial y de definición de una identidad profesional. Los reformadores procuraron especificar lo que significaba “ser policía” y

* Versión muy preliminar de un trabajo en desarrollo. Por favor, no citar sin previa autorización del autor.

¹ Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires - dgaleano@unla.edu.ar

² Morin, Edgar. *Breve historia de la barbarie en occidente*. Buenos Aires: Paidós, 2007, p. 15.

³ Utilizo la expresión “inquisidor” en el sentido amplio, reconocido por los diccionarios de lengua española: aquel que inquiere, busca, investiga, indaga algo para comprender sus circunstancias.

enseñarlo fundamentalmente a los agentes subalternos. Los vigilantes, cabos y sargentos encargados del servicio de calle eran frecuentemente criticados por la prensa gráfica, debido a sus abusos y excesos en la vía pública (insultos, embriaguez, riñas). A comienzos de la década de 1870, los altos funcionarios de la jefatura y algunos comisarios escribían en la revista policial en respuesta a esos cuestionamientos, replicando que el problema era la humilde procedencia social de los agentes.⁴

¿Por qué el digno puesto de vigilante –preguntaban- era ocupado exclusivamente por sujetos de dudosas cualidades morales? ¿Por qué su destino irremediable era acabar exonerado en poco tiempo, por alguna falta de conducta, si es que no desertaba antes por cuenta propia? Los policías señalaban dos asuntos para explicar este cuadro. Por un lado, consideraban que los salarios eran bajos y no compensaban los sacrificios de un trabajo incómodo y riesgoso. Por el otro, entendían que el pueblo era hostil a la policía (como era, en general, reticente a la hora de cumplir las leyes). Eran pocos, por eso, quienes aceptaban enrolarse en un puesto mal pago y poco respetado. Menos aún eran los que decidían quedarse. Y este particular oficio requería un aprendizaje, una cierta continuidad en el tiempo, en definitiva, una carrera.⁵

La hipérbole de los héroes policiales seguía estrictamente esos dos señalamientos. Servía para exhibir al gobierno la dignidad de un oficio que no era reconocido en términos presupuestarios y también para mostrar a la sociedad los sacrificios del trabajo policial. Sin embargo, a partir de la reforma que comenzó con la jefatura de Enrique O’Gorman (1867-1874), esta figura comenzó a ser utilizada en una tercera dirección. Me refiero al culto del héroe como una de las estrategias para construir la “cultura policial”, es decir, construir un modo de ser policía y una mirada particular sobre el mundo social.⁶ Analizar los prototipos de heroicidad venerados permite comprender la formación de ciertos modelos que se difundían como horizontes, más o menos inalcanzables, del policía ideal.

⁴ Gayol, Sandra. “Entre lo deseable y lo posible: perfil de la policía de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX”, *Estudios Sociales*. Revista Universitaria Semestral, No. 10, año VI, primer semestre 1996.

⁵ Para ampliar los temas de esta apretada síntesis puede consultarse: “El presupuesto”, *La Revista de Policía* (primera época, en adelante LRP), tomo 1, entrega V, 1ro. de noviembre de 1871, pp. 65-67; “Comunicación importante”, LRP, tomo 1, entrega I, 1ro. de septiembre de 1871, pp. 15-16; “El personal de policía”, LRP, tomo 1, entrega VII, 1ro. de diciembre de 1871, pp. 97-101; “Colaboración”, LRP, tomo 1, entrega III, 1ro. de octubre de 1871, p. 37; “Antagonismo entre el pueblo y la policía”, LRP, tomo 1, entrega VI, 15 de noviembre de 1871, pp. 88-91.

⁶ Sobre esta noción de “cultura policial” véase: Wilson, Christopher. *Cop Knowledge. Police Power and Cultural Narrative in Twentieth-Century America*. Chicago: The University of Chicago Press, 2000. Reiner, Robert. *The Politics of the Police*. London: Harvester Wheatsheaf, 1992, pp. 107-137.

El paradigma del inquisidor se difundió muy tempranamente. El jefe de policía del régimen rosista, Juan Moreno, era recordado por sus exitosas pesquisas en crímenes y robos resonantes: por ejemplo, cuando descubrió las identidades de la víctima y del victimario en un descuartizamiento ocurrido en 1845,⁷ o cuando reveló la trama de una estafa a la Casa de la Moneda por dos millones de pesos.⁸

En la segunda mitad del siglo XIX, las investigaciones policiales más resonantes estaban vinculadas a casos de falsificación de billetes.⁹ Era un delito que reunía varias cualidades que para la época eran espectaculares: involucraba una red de estafadores medianamente calificada, entre autores y cómplices, tenía una importante movilidad territorial (eran redes que operaban simultáneamente en Buenos Aires, Rosario, Montevideo) y utilizaba tecnología compleja (máquinas litográficas, telégrafos). El hallazgo de un caso de falsificación podía otorgar a un comisario el reconocimiento de la prensa periódica, medallas y recompensas en dinero por parte de los bancos involucrados.¹⁰

En 1872 los *Anales de Policía*, continuadores de la primera revista policial, comenzaron a incluir retratos litografiados de los principales nombres del Departamento General de Policía. Cada número se iniciaba, además, con un relato biográfico de esos funcionarios a cargo del jefe de redacción, Daniel Flores Belfort. En orden jerárquico, la primera biografía era la del jefe de policía, Enrique O’Gorman. Se destacaban sus actuaciones militares (“prestó servicios en el memorable sitio de 1852, formando filas del Batallón N° 1 de Guardias Nacionales”) y sus dotes específicamente policiales:

*Los ladrones y falsificadores han tenido en el señor O’Gorman un activo y tenaz perseguidor, debiéndose a sus trabajos secretos y a su única iniciativa el descubrimiento de muchos robos y falsificaciones de importancia que traían inquieta a la población.*¹¹

⁷ Bilbao, Manuel. *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Ferrari, 1934, pp. 195-214. Véase también el sumario del caso, reproducido parcialmente como anexo en Romay, Francisco. *Historia de la Policía Federal Argentina (Tomo III, 1830-1852)*. Buenos Aires: Biblioteca Policial, 1964, pp. 289-290.

⁸ En *Revista de Policía de la Capital* (tercera época, en adelante RPC), Año VI, No. 132. Buenos Aires: 16 de noviembre de 1902.

⁹ En el Archivo General de la Nación se conservan diversos expedientes policiales sobre falsificación de billetes entre 1836 y 1862. AGN, Sala X, 32-8-7.

¹⁰ Por ejemplo: “El comisario Agrelo”, *El Nacional*, 15 de marzo de 1867; “Falsificadores”, *La Tribuna*, lunes 4 y martes 5 de octubre de 1869.

¹¹ *Anales de Policía* (en adelante AP). Tomo 1, entrega I. Buenos Aires: 15 de agosto de 1872, p. 3.

Es importante prestar atención a esta distinción. Hasta entonces, la demostración de los rasgos heroicos de un personaje público dependía en gran medida de sus participaciones en defensas y conquistas militares. Era una tradición que exaltaba la bravía, el arrojo, la valentía, el sacrificio por los valores patrios, y que había articulado el discurso de las élites políticas desde las guerras de independencia hasta la reciente guerra del Paraguay. Las biografías del oficial primero (Eladio Saavedra), del oficial segundo (Juan Aramburú), del comisario de órdenes (Santiago Méndez) y de algunos comisarios seccionales, contenían abundantes referencias sobre servicios prestados en gestas militares.¹²

Pero aparecía también esa otra evocación de las capacidades detectivescas del policía, que se medía por la cantidad de delitos descubiertos. En ese terreno se destacaba el comisario Francisco Wright, cuya biografía estaba construida –primero- en una clave exclusivamente policial, sin mención de actuaciones militares, y -segundo- en clave del inquisidor, el descubridor de enigmas (crímenes de sangre, robos y, sobre todo, falsificaciones). Flores Belfort utilizó en su biografía la expresión *carrera* (“El señor Wright comenzó su carrera en el año 1858, entrando a servir en clase de escribiente meritorio”), y de hecho describía un recorrido institucional marcado por constantes y escalonados ascensos. En 1860 fue promovido al cargo de oficial escribiente, al año siguiente a oficial de mesa y en 1863 obtuvo el nombramiento de comisario de la sección décima. Fue titular de la comisaría séptima en tres oportunidades, en dos de la comisaría de la Boca del Riachuelo y una vez comisario en la tablada del Sud.

O’Gorman lo había elevado, en 1867, hasta el estratégico puesto de comisario de la sección primera, “cuya jurisdicción exige, tanto por los valiosos capitales que encierra en distintos ramos del comercio, cuanto por su numerosa y heterogénea población, una vigilancia activa, inteligente y perspicaz”.¹³ De esta forma, Flores Belfort enfatizaba virtudes propias del oficio del inquisidor, es decir, de aquel que inquiera hasta las últimas consecuencias, hasta dar con la trama profunda de un caso.

Dotado de una natural afición a inquirir y pesquisar con tino y perseverancia todos los detalles por insignificantes que sean con tal que ellos puedan llevarlo al descubrimiento de un delito; (...) obtenía por medio de recursos secretos la

¹² Sobre Eladio Saavedra y Juan Aramburú véase: AP, tomo 1, entrega I. Buenos Aires: 15 de agosto de 1872, pp. 4-5. Sobre Santiago Méndez: AP, tomo 1, entrega II. Buenos Aires: 15 de septiembre de 1872, pp. 66-69. Biografías de los comisarios seccionales Juan J. Biedma, Octavio González y José Calderón aparecen en AP, tomo 1, entrega IV. Buenos Aires: 15 de noviembre de 1872, pp. 98-99.

¹³ AP, omo 1, entrega II. Buenos Aires: 15 de septiembre de 1872, p. 34.

*posesión de grandes crímenes ocultos, apoderándose de sus autores cuando éstos menos lo esperaban.*¹⁴

El biógrafo utilizaba, en este contundente párrafo, dos adjetivos que sumergen al lector en el universo de los detectives: “secreto” y “oculto”. En la década de 1870, algunos periódicos porteños (*El Nacional, La Pampa Argentina*) habían publicado como folletines traducciones de cuentos de Edgar A. Poe en los que aparecía el célebre detective privado, Auguste Dupin, y de las novelas policiales de Emile Gaboriau (*El expediente 113, Monsieur Lecoq*).¹⁵ En estas ficciones, al igual que en la serie *Sherlock Holmes*, el personaje principal es un detective que resuelve enigmas utilizando “recursos secretos”. Si algún policía aparecía en el relato, era más bien una figura torpe, cuyo grado de exposición pública impedía cualquier tipo de avance en la investigación. Según una regla básica de la detección, los “grandes crímenes ocultos” sólo podían ser develados por un observador a la vez perspicaz y anónimo, que se confundiera entre la multitud urbana.

La literatura detectivesca floreció, a mediados del siglo XIX, a la par del éxito de grandes agencias de detectives, cuyos servicios eran contratados por empresas y, en algunos casos, también por dependencias estatales. Así sucedió con la exitosa Agencia Pinkerton, que desde Chicago acabó construyendo una inmensa red de servicios de espionaje en diferentes ciudades estadounidenses.¹⁶ En Francia, en cambio, las agencias de detectives respondían a otro linaje, vinculado al nacimiento del *Bureau de renseignements universels dans l'intérêt du commerce* (1832) de Vidocq, antiguo delincuente que terminó trabajando como infiltrado para la policía parisina.¹⁷

A diferencia de estas tradiciones, en la biografía de Francisco Wright el policía estatal y el detective eran reunidos en un mismo personaje. En el diario *La Patria Argentina*, Eduardo Gutiérrez publicó una serie de folletines sobre un célebre y

¹⁴ Ídem, pp. 34-35.

¹⁵ Laplaza, Francisco. “Antecedentes de nuestro periodismo forense hasta la aparición de la *Revista Criminal* como introducción a la historia del derecho penal argentino”, *Revista Penal y Penitenciaria*, Tomo X, Buenos Aires, 1945, pp. 48-49. Sobre los detectives de ficción en la novela policial y en los folletines del siglo XIX, véase Moses Pechman, Robert. *Cidades estreitamente vigiadas. O detetive e o urbanista*. Rio de Janeiro: Casa da palavra, 2002, pp. 227-299.

¹⁶ Un buen análisis de las intersecciones entre la novela de detectives y el funcionamiento de la Agencia Pinkerton puede leerse en Frisby, David. “La ciudad detectada. Representaciones y realidades de la detección”, en *Paisajes urbanos de la modernidad. Exploraciones críticas*. Buenos Aires: Prometeo, 2007, pp. 67-118.

¹⁷ Dominique Kalifa, *Naissance de la police privée: Détectives et agences de recherches en France, 1832-1942*. Paris: Plon, 2000.

aristocrático falsificador, Serapio Borches de la Quintana, quien era tenazmente perseguido por el comisario Wright.



Imagen 1. Francisco Wright y Serapio Borches de la Quintana
Fuente: Eduardo Gutiérrez. *Los grandes ladrones* (1881).

Esta serie, denominada “dramas policiales”, fue publicada como libro con el título de *Los grandes ladrones*, en 1881.¹⁸ Aunque, en este caso, tanto el ladrón como el policía portaban nombres reales, Gutiérrez comparaba a Wright con los grandes detectives franceses de la ficción policial:

*Penetrante y sagaz, con una práctica asombrosa en el trato de la gente de mala vida, rara vez se le escapaba una pista sobre la que ponía su mirada profundamente observadora. Era una especie de Monsieur Lecoq, tan admirablemente pintado por Emile Gaboriau, incansable para todas aquellas pesquisas que sus colegas reputaban imposibles.*¹⁹

¿Cuáles habían sido las pesquisas que alimentaron la fama del comisario Wright? Los *Anales de Policía* le atribuían la resolución de cuatro robos que involucraban importantes cantidades de dinero, varios casos de falsificaciones de billetes y dos asesinatos.²⁰ Este “policía de carrera”, catapultado por sus pesquisas de comisario

¹⁸ La misma historia fue recogida antes por *La Revista Criminal* (en adelante RC) en varias entregas.: “Serapio Borches de la Quintana”, RC, tomo 1, entrega II. Buenos Aires: 1ro. de febrero de 1873, pp. 17-29; RC, tomo 1, entrega III. Buenos Aires: 1ro. de marzo de 1873, pp. 49-54; RC, tomo 1, entrega IV. Buenos Aires: 1ro. de abril de 1873, pp. 78-80.

¹⁹ Gutiérrez, Eduardo. *Los grandes ladrones*. Buenos Aires: Imprenta de La Patria Argentina: 1881, p. 75.

²⁰ AP, tomo 1, entrega II. Buenos Aires, 15 de septiembre de 1872, p. 35.

seccional a personaje de folletines, fue premiado en 1871 por un grupo de vecinos y comerciantes que le entregaron una medalla de oro “por descubrimiento de robos y falsificaciones”. Reproducciones litográficas del frente y reverso de la medalla aparecían, junto a su retrato, en la tapa de *Anales de Policía*:

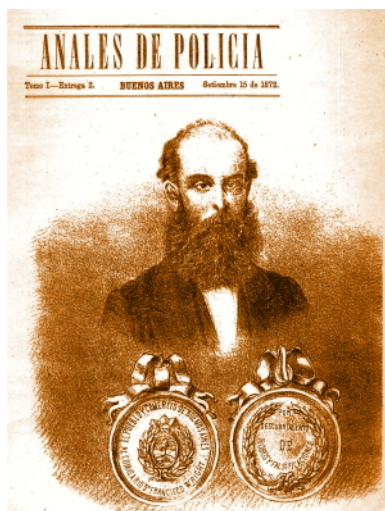


Imagen 2. Retrato de Francisco Wright y medalla de oro

Fuente: *Anales de Policía*, Tomo 1, Entrega II, 15 de septiembre de 1872

La escueta biografía de Enrique O’ Gorman escrita por Flores Belfort también había destacado –como ya cité- sus méritos en el descubrimiento de robos y falsificaciones.²¹ Sin embargo, si la figura del jefe de policía fue revestida de alguna heroicidad, no tuvo que ver con sus dotes de inquisidor sino con su intervención durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871. El memorial porteño lo coloca, casi excepcionalmente, en el discurso épico de los sacrificados por el bien común, al lado de la Comisión Popular que un grupo de masones había formado para auxiliar a los enfermos, ante la ausencia de médicos y funcionarios municipales.²² En todos los libros que recuerdan la epidemia se recoge el nombre de O’Gorman, en una suerte de repetición hiperbólica que nació ese mismo año, cuando el invierno disipó la enfermedad. En una nota que Gutiérrez dedicó a la actuación del jefe de la policía se condensaban esos significados:

²¹ También algunos diarios señalaron virtudes detectivescas en el jefe de la policía, por ejemplo: “El Sr. O’Gorman, Gefe de Policía”, *La Tribuna*, sábado 2 de octubre de 1869; y “Otra gran falsificación descubierta”, *La Tribuna*, domingo 3 de octubre de octubre de 1869.

²² Galeano, Diego. “Cuerpos desordenados. La Policía de Buenos Aires y la epidemia de fiebre amarilla de 1871”, en Silvia Mallo y Beatriz Moreyra (eds.). *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*. Córdoba: CEH/CEHAC, 2008.

En aquellas siniestras e interminables noches de marzo y abril (...) cuyo silencio sólo era turbado por el ruido de los carros cargados de cadáveres y el jay! desgarrador de los infelices que morían sin una mano amiga y caritativa que les alcanzara un medicamento, se veía al señor O’Gorman sereno y abnegado cruzar las desiertas calles de Buenos Aires, cuidando de hacer recoger los cadáveres de los que habían caído muertos en la calle y cuidando la ciudad abandonada de los ladrones que en carros de mudanza habían empezado a saquear. Buenos Aires, sola y azotada despiadadamente por la epidemia, abandonada de “todas las autoridades”, era cuidada por el señor O’Gorman que, lleno de un valor temerario y una sublime abnegación, no abandonó su puesto ni un solo momento.²³

Al año siguiente, en *Anales de Policía* se desató una acalorada polémica entre los defensores y los detractores de O’Gorman. Es preciso reconocer que su prestigio tras la epidemia de fiebre amarilla había crecido tanto que ni el más enfurecido de sus opositores cuestionaba al jefe de policía. Ese consenso comenzó a resquebrajarse. Ante una serie de críticas a la jefatura, que atacaban el centralismo y la instrucción militar de las tropas de calle,²⁴ el comisario de órdenes (Santiago Méndez) salió a la defensa de O’Gorman, apelando a la narración del drama epidémico en un tono cercano al de Gutiérrez:

El señor O’Gorman con una abnegación heroica, con un sentimiento profundo de humanidad, con la conciencia de hacer una religión de su deber como magistrado, se mantuvo firme en la brecha, haciendo hasta el sacrificio de su vida, si así puede decirse, y el de la familia. Esta población ha sido testigo ocular de lo que se dice. Ha visto al señor O’Gorman en esos días de luto, en que la ciudad, especialmente de noche, representaba un cementerio, recorrer las calles de la ciudad cuidando de la vigilancia y de la seguridad de tantos intereses abandonados por sus dueños.²⁵

²³ Gutiérrez, Eduardo. “D. Enrique O’Gorman. Gefe de Policía”, publicado en el *Plata Ilustrado* número 10 y reproducido por Daniel Flores Belfort en LRP, tomo 1, entrega X. Buenos Aires: 15 de enero de 1872, pp. 150-153.

²⁴ Una exposición bastante completa de estas críticas puede leerse en “La Policía (colaboración)”, AP, tomo 1, entrega I. Buenos Aires: 15 de agosto de 1872, pp. 5-10. La nota esta firmada con el seudónimo “Argos”, por el estilo de escritura es altamente probable que se trate de Daniel Flores Belfort.

²⁵ “El Gefe del Departamento y los Anales de Policía”, AP, tomo 1, entrega III. Buenos Aires: 15 de octubre de 1872, p. 72.

Uno de los redactores de la revista, Osvaldo Saavedra, le respondió a Méndez con particular dureza. Lo acusaba de mirar las cosas a través de un vidrio de aumento que convertía un “imperceptible infusorio en un monstruo de grandes y colosales formas”. Así resumía su resistencia a la figura héroe policial, construida sobre los cadáveres de la epidemia. “Dejémonos de bombo por simpáticas que sean las personalidades”, escribía, “hablemos la verdad: si apenas se le ha concedido honradez al señor O’Gorman, no habrá más que concederle”. Saavedra, que era también policía, se oponía a la memoria oficial del episodio de 1871:

Se quiere hacer un hecho heroico que el señor O’Gorman, en la época calamitosa de la epidemia, no abandonara su puesto y se fuera a gozar del aire puro y oxigenado de las frescas campiñas. (...) si haberse mantenido en la brecha cumpliendo con su deber envuelve un sacrificio digno de alabanzas, tribútelas el señor Méndez a la policía entera; a nosotros también entonemos himnos de gloria, que nosotros como el señor O’Gorman, tuvimos la misma delicadeza y supimos sostenernos en nuestros puestos.²⁶

La intención de Saavedra era reclamar una distribución más justa del heroísmo. Pero además aludía, irónicamente, a la asociación entre la figura del héroe y la esfera necrológica. A su juicio, la policía de O’Gorman sólo difería de la anterior “en que ésta hace honores fúnebres que no hacía aquella y en que aquella limpiaba las arañas de la Catedral”. La limpieza de las arañas era una síntesis, bastante cáustica, de un gran tema para la organización policial de esta época: la separación entre las funciones de la policía y las de la municipalidad creada en 1854. Es notorio que al lado de ese asunto aparezca este otro más misterioso de los “honores fúnebres”.

¿Qué significaba esta inclusión? Por detrás de Wright y los inquisidores, aparecía O’Gorman y la figura del sacrificio, pero más aún: asomaban los vigilantes muertos durante la epidemia, los mártires anónimos, que para algunos policías eran los verdaderos sacrificados. En tal sentido, O’Gorman fue una suerte de puente entre dos modelos de heroísmo. No fue un prototipo de inquisidor, ni fue estrictamente un mártir, pero tuvo algo de los dos. Lo cierto es que a comienzos de la década de 1870, cuando la policía introdujo el culto a sus muertos, era el héroe de las pesquisas, el perseguidor de falsificadores y ladrones, quien tenía mayor visibilidad pública.

²⁶ AP, tomo 1, entrega III. Buenos Aires: 15 de octubre de 1872, pp. 73-74.

Sin embargo, fue en ese preciso momento que el modelo del inquisidor comenzó a declinar o, más precisamente, a ocultarse, a convertirse en una práctica secreta. La idea de los “recursos secretos” utilizados para develar “crímenes ocultos”, que aparecía en la biografía del comisario Wright, devino una rutina institucional con la creación de la “Comisaría de Pesquisas” en 1875 (posteriormente, en 1897, cambió el nombre por el de “Sección de Investigaciones”). Uno de los directores de esa sección, Francisco Laguarda, escribía en 1918 que los orígenes de esa institución se remitían a la “policía secreta” de Vidocq, cuya organización estimaba rudimentaria en cuanto al empleo de técnicas de espionaje. Por eso, agregaba, el jefe de la policía (Manuel Rocha) había preferido denominarla Comisaría de Pesquisas, ya que conocía los modernos recursos de las agencias de detectives, concretamente “conocía lo mucho bueno que con esos recursos había hecho, en New York, Pinkerton”.²⁷

En la Memoria del Departamento de Policía de 1875, Rocha se refería a su innovación. No daba allí indicios de estar imitando el ejemplo norteamericano y tampoco hablaba de “comisaría de pesquisas” sino, precisamente, de “policía secreta”.²⁸ Según Rocha, la instalación de este servicio secreto sólo podía justificarse por razones prácticas, desprovistas de cualquier fundamento ético:

*Su base es la inmoralidad, el éxito que persigue sólo es alcanzado por ella, a condición del sacrificio de todas las virtudes humanas. El verdadero agente de la policía secreta es la negación viva de todas las cualidades que realzan y ennoblecen al hombre. La mentira está en sus labios, la falsía está en su alma (...) Vive entre ladrones, fingiendo serlo, para llevarlos al presidio; vive entre asesinos, con apariencias de tal, para llevarlos a la muerte.*²⁹

Rocha quería explicar ese “profundo contrasentido” que significaba crear una institución horrible pero necesaria. La existencia de la policía secreta, escribía, se justificaba por “las necesidades de la vida práctica que no pueden someterse siempre a los principios absolutos de la moral”. Para el jefe de la policía, los espías eran un mal

²⁷ Laguarda, Francisco. “La Policía de Investigaciones. Sus principios”, RPC, Año XXI, No. 469. Buenos Aires: Iro. de enero de 1918, p. 6.

²⁸ Recién en la Memoria del Departamento de Policía de 1877, el jefe de policía, Domingo Viejobueno, presenta un informe sobre la “Comisaría de Pesquisas”, en *Memorias del Ministerio de Gobierno*. Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría, 1878, pp. 395-399.

²⁹ Rocha, Manuel. “Policía secreta”, en *Memoria del Departamento General de Policía correspondiente al año 1875*. Buenos Aires: La Tribuna, 1876, p. 92.

necesario, al igual que la pena de muerte. Ahora bien, ¿existieron tales espías de la policía secreta?

Una serie de denuncias del diario *La Prensa* lo confirma. Desde los primeros meses de 1875 este diario, opositor al gobierno, publicó varias notas acusando a la policía de enviar “agentes secretos” a la puerta de la imprenta. El tono de la escritura mezcla indignación con sarcasmo, ya que los espías eran descritos como sujetos absolutamente torpes que no sabían disimular su condición de vigilantes (“el agente *secreto* salía de una confitería en que estaba emboscado y miraba haciendo jugar en sus manos una cachiporra con daga”).³⁰ Así describía una columna de opinión la rutina de los espías:

*Apenas oscurece, apenas el sol se esconde en el lejano ocaso, los argos policiales comienzan a asomarse a tientas por las esquinas adyacentes a La Prensa. (...) Media hora después se mueven, pasan por el establecimiento, miran con marcada insistencia hacia adentro y se paran, al fin, en el poste del Este. Pocos minutos después pasan a la otra vereda. Vuelven luego adonde estaban y se alejan y otra vez se vuelven a acercar, pero sin quitar un momento la vista de la casa (...) Después hablan con los vigilantes y con otros empleados policiales. (...) ¿Quién no adivinaría que tales figurones eran de la policía secreta? Los ciegos, solamente los ciegos.*³¹

Estos comentarios muestran que el redactor de *La Prensa* conocía las reglas básicas de las prácticas modernas de detección. Era necesario que el detective se moviera como cualquier otra habitante de la ciudad, sus gestos no podían levantar la menor sospecha. Nunca debían mirar fijamente aquello que estaban vigilando y debían someterse a un absoluto aislamiento, nunca interactuar con sus pares. El policía secreto aquí descrito rompía con todas estas reglas y era rápidamente descubierto. Pero el diario no impugnaba la legitimidad de la policía secreta, al contrario, la defendía abiertamente. Lo que hacía era señalar sus torpezas y cuestionar su aplicación con fines políticos, mientras “los ladrones se pasean por nuestras calles sin que nadie los moleste”.³²

Más allá de sus impericias, estos agentes secretos, espías y detectives, configuraban un nuevo tipo de inquisidor. Ya no podían tener la visibilidad pública que

³⁰ “Policía secreta”, *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de febrero de 1875. Véase también: “Vigilantes disfrazados”, *La Prensa*, Buenos Aires, 28 de febrero de 1875.

³¹ *La Prensa*, Buenos Aires, 4 de marzo de 1875.

³² Ídem.

detentaba Francisco Wright, el comisario de la sección más importante. Debían ser absolutamente ignotos, opacos y caminar por la ciudad pasando desapercibidos. Si a eso se le sumaba la recurrente utilización de recursos de dudosa moralidad, hasta llegar a confundirse con los delincuentes, evidentemente ya no podían pasar por héroes policiales aunque fueran, según Rocha, tan necesarios.

Así, mientras la visibilidad del inquisidor declinaba como ejemplo de heroísmo policial, el culto a los muertos comenzó a ocupar cada vez mayores espacios. En el siglo XX, las narrativas épicas sobre la epidemia de fiebre amarilla volvían sobre O’Gorman, pero éste ya no estará sólo en su altar sacrificial. La evocación de 1871 comenzó a ser un bastión en la construcción de una figura de héroe policial estrechamente vinculada con la muerte. En su *Historia de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires* (1934), por ejemplo, Ramón Cortés Conde narra melodramáticamente el episodio:

*La tarea de los funcionarios y agentes de policía durante esos días aciagos que vivió la ciudad, fue más que intensa, heroica. Raleadas también sus filas por la epidemia, debiendo prestar su especial atención a la salud pública, tuvieron que hacer frente también a esa otra plaga nefasta, que persigue a los pueblos azotados por el infortunio. Había que evitar el saqueo de las casas abandonadas por sus moradores y a esa difícil e ímproba tarea se dedicó la policía con sus exiguos efectivos, ocupándose en esa misión hasta el mismo Jefe de Policía, mereciendo su conducta y la de sus subordinados la más unánime aprobación.*³³

La repetición de una escena cargada de arrojos heroicos es clara, sin embargo el relato ya no está centrado en la heroicidad del jefe de la policía. La apuesta fuerte de Cortés Conde fue la asociación de los héroes de la epidemia con la categoría de “policías caídos en cumplimiento del deber”.³⁴ Al final del libro, en una sección dedicada a los valores elementales de la cultura policial (*orden, disciplina, abnegación*), el autor propone culminar con un reconocimiento hacia “aquellos que ofrendaron su vida en el altar del deber”:

³³ Cortés Conde, Ramón. *Historia de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires. Su desenvolvimiento, organización actual y distribución de sus servicios*. Buenos Aires: Biblioteca Policial, 1937, pp. 110-111.

³⁴ En su historia de la policía, Francisco Romay repitió esta operación de Cortés Conde. “La policía de Buenos Aires, mientras la mayoría de los habitantes huía a la campaña, permanecía en su puesto de lucha y sacrificio y sus hombres caían inmolados en el cumplimiento de su deber”. Romay, Francisco. *Historia de la Policía Federal Argentina*, Tomo V. Buenos Aires: Biblioteca Policial, 1966, p. 46.

*(...) para todos aquellos mártires de todas las jerarquías y condiciones, que en la lucha diaria contra la delincuencia han señalado su paso por la policía con un magnífico ejemplo de abnegación, que, como una estela luminosa marca rumbos y fortifica los ánimos en las horas de prueba.*³⁵

La densidad emotiva del homenaje se explica, en parte, por los destinatarios de la publicación. El libro había sido encargado por resolución del jefe de la policía, Luis J. García, y es probable que el subcomisario Cortés Conde pretendiera agradar con sus palabras a las altas planas. Pero más allá de los ejercicios de retórica institucional, no puede obviarse la dimensión que había adquirido a comienzos del siglo XX el culto al caído. En efecto, el autor incluía entre estas páginas dos imágenes muy contundentes. La primera era una fotografía del “monumento desagravio” en homenaje a Ramón Falcón y su secretario privado Juan Lartigau, estatua colocada entre las avenidas Callao y Alvear, cerca del sitio del célebre atentado de Simón Radowitzky. La segunda era una fotografía del “monumento al agente caído en cumplimiento del deber”, otra estatua encargada en 1918 por la jefatura de policía y que también recordaba a Falcón.³⁶

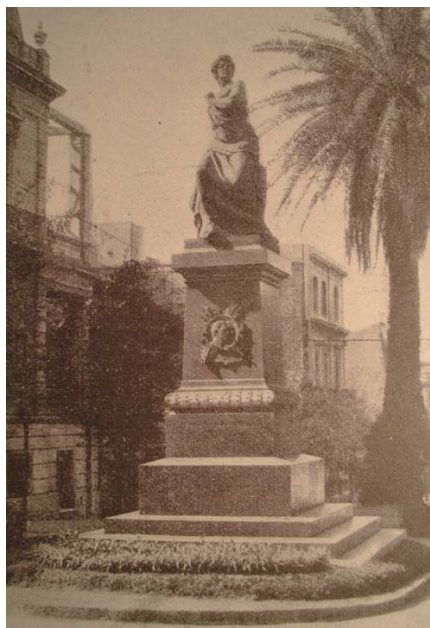


Imagen 3. Monumento desagravio en homenaje a Falcón y Lartigau

Fuente: Ramón Cortés Conde. Historia de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires (1934).

³⁵ Ídem, p. 454.

³⁶ “Falcón”, en RPC, Año XXI, No. 480. Buenos Aires: 16 de junio de 1918, pp. 249-250.

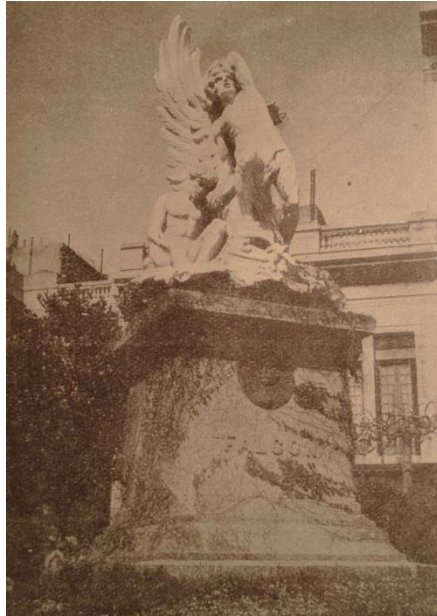


Imagen 4. Monumento al caído en cumplimiento del deber

Fuente: Ramón Cortés Conde. *Historia de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires* (1934).

Desde del asesinato de Falcón, el culto a los muertos policiales invadió todos los canales de difusión de la cultura policial. Las pomposas tumbas de Falcón y Lartigau en el Cementerio de la Recoleta se convirtieron en un lugar de procesión de los policías. La *Revista de Policía* publicaba dramáticas historias de agentes caídos en cumplimiento del deber, y criticaba la inacción de las autoridades políticas y de los jueces. Pero lo más notorio de esta profusión necrológica fue la insistencia en los mártires subalternos que en 1871 habían quedado en el más completo anonimato.³⁷

¿Cómo explicar la novedad? ¿Cómo explicar la hipérbole del héroe subalterno? Es preciso, para ello, prestar atención a un proceso iniciado en las últimas dos décadas del siglo XIX: el ascenso del mutualismo policial. Me refiero a la creación de una red de recompensas y protecciones al agente de policía que surgió como iniciativa de las cúpulas. Lejos de la restringida crítica a la procedencia social de los agentes, que imperaba en las revistas de 1871 y 1872, el jefe de la policía enviaba en 1888 un proyecto al gobierno para premiar la “constancia en el servicio”, los recurrentes sacrificios, “actos de abnegación” y “servicios extraordinarios” brindados por los policías.³⁸

³⁷ Véase: “Víctimas del deber”, RPC, Año XIV, No. 333. Buenos Aires: 1ro. de abril de 1911; “Ramón Pérez”, RPC, No. 342. Buenos Aires: 1ro. de agosto de 1911; “Otra página fúnebre”, RPC, No. 343. Buenos Aires: 16 de agosto de 1911.

³⁸ “Recompensa a los agentes de la Policía de la Capital”, en *Revista de la Policía de la Capital* (segunda época), Año 1, No. 1. Buenos Aires: 1ro de junio de 1888, pp. 8-9.

Desde esos años, en adelante, el discurso imperante sobre los agentes subalternos insistirá sobre los innumerables y penosos sufrimientos que no eran reconocidos por la sociedad, ni compensados por el gobierno con salarios dignos. En las primeras décadas del siglo XX se crearon la Caja de Socorros de la Policía y se desarrollaron numerosos proyectos mutualistas, como la construcción de un hospital propio o la elaboración de un plan de facilidades para la compra de viviendas. En este contexto, la situación extrema de perder la vida en el “acto de cumplimiento del deber” era expuesta como una prolongación de todo un *continuum* de sacrificios.

*¡Otra víctima del deber! ¡Y son tantas ya las que presenta la policía! (...) La misión policial impone estos sacrificios. Paciencia... y adelante. Si la civilización exige que para que haya orden (...) haya también mártires de esta noble institución, sea.*³⁹

A través de la retórica del sacrificio, el culto a los caídos se fusionó con el mutualismo, reuniendo a toda la “familia policial”. En 1918, por ejemplo, se organizó una doble colecta para construir el Panteón de la Caja de Socorros de Policía y Bomberos de la Capital. Por un lado, se apeló a la colaboración de los vecinos mediante donaciones individuales y comisiones convocadas por los comisarios de cada sección. Por el otro, se estableció un mecanismo de aporte directo del personal policial mediante un descuento salarial de carácter optativo. Las comisiones de vecinos realizaron festivales a beneficio de la causa en los principales teatros de la ciudad de Buenos Aires.

En una gran fiesta en el Teatro Variedades, organizada por la comisión vecinal de la sección 16, tomó la palabra el comisario Miguel Denovi. Era un elocuente orador, habituado a pronunciar discursos en funerales de los caídos. Para Denovi, los policías eran, entre todos los funcionarios estatales, “los primeros para el martirio y los últimos para la recompensa”. Esos policías, agregaba, “anhelan tener su Panteón para permanecer unidos en la muerte”.⁴⁰

En los discursos fúnebres de Denovi la figura del caído aparece como la apoteosis del sacrificio subalterno, la continuidad lógica de una vida forzosamente sacrificial. Los agentes muertos transmitían un ejemplo a los vivos y los jefes manifestaban que esa

³⁹ RPC, No. 333. Buenos Aires: 1ro. de agosto de 1911, p. 52.

⁴⁰ “El Panteón de la caja de socorros. Festivales a beneficio”, en RPC, Año XXI, No. 469. Buenos Aires: 1ro. de enero de 1918, p. 9. Reproducido también en Silva, Hernán (comp.). *La obra institucional y literaria del comisario de órdenes Dr. Miguel Luis Denovi*. Buenos Aires: Maucci, 1920, pp. 54-59.

oblación sería religiosamente venerada. En sentido amplio, el culto a los caídos contenía un reconocimiento doble: cubría a los muertos con las “palmas del mártir” y a la vez recordaba a los “héroes ignorados”, es decir, a todos los otros agentes de policía allí presentes ante el féretro. En una de esas ceremonias, Denovi afirmaba que el muerto (no interesa, en este caso, su nombre) reunía en su tumba a la “gran familia policial”. Una familia que “de vez en cuando” acudía a estas citas fúnebres “para venerar la memoria de sus muertos queridos, sellando ante sus sepulcros el gran pacto de solidaridad”.⁴¹ Y no interesa el nombre porque estos discursos eran monotemáticos, repetitivos, redundantes, como si se tratara siempre del mismo muerto. Anulaban la singularidad del homenajeado, eran un lugar para hablar constantemente de lo mismo, de un mártir policial abstracto en el cual –sin embargo- todos se reconocían.

El culto a los muertos no era sólo una práctica interna para la reafirmación de los valores policiales. Apuntaba también a incitar sentimientos de compasión entre los vecinos de Buenos Aires, dejando de lado la vieja “oposición entre el pueblo y la policía” que tanto preocupaba a los redactores de las revistas policiales en la década de 1870. Por eso, Denovi saturaba sus discursos de carga emocional. En el festival, recordaba a los vecinos que bajo el uniforme del agente y la aspereza de su rostro “hay un hombre, hay un alma, que en las noches de vigilancia, con sus párpados vencidos por el sueño, medio entrecerrados, piensa en su hogar, piensa en su mujer y sus hijos”.⁴² Algunos años antes, en una carta dirigida a un periódico, ese pedido de reconocimiento y conmiseración adquiría un tono de franco reproche:

*Es necesario palpar de cerca la vida de esos beneméritos de la sociedad, que se llaman vigilantes, cabos, sargentos, escribientes y oficiales inspectores, para poder apreciar en toda su importancia sus grandes sacrificios. Mientras en estas noches siberianas, en sus salones contruidos de acuerdo con los últimos adelantos de la física, en materia de calefacción, o en muebles camas, aquellos, los guardianes del orden, en el centro de las calles, velan sus sueños y cuidan del ajeno confort.*⁴³

En febrero de 1918 se realizó otra fiesta en el teatro General Mitre, organizada esta vez por la comisión de vecinos de la seccional 21. El programa incluía la actuación

⁴¹ Silva, Hernán (comp.). *La obra institucional y literaria del comisario de órdenes Dr. Miguel Luis Denovi*. Ob. Citada, p. 46.

⁴² Ídem, p. 56.

⁴³ Ídem, p. 34.

de la banda de la policía, exhibiciones de box, asaltos de palosable y espada de combate. Uno de los vecinos notables convocados por el comisario para conformar la comisión (Francisco Coutinho) pronunció un discurso en el que revelaba que la colecta le “aliviaba de la responsabilidad moral” frente a las “muchas víctimas que han caído en cumplimiento del deber”.⁴⁴

Estos festivales eran proclamados como un triunfo de la comunión entre el pueblo y la policía, ambos unidos contra las fuerzas del desorden. “Una vez más –exclamaba eufórico un redactor de la revista policial- el pueblo de la capital ha demostrado sus vivas simpatías por el personal de la policía y bomberos”.⁴⁵ La colaboración de vecinos mediante colectas sería reconocida también, junto a los aportes de los propios policías, como responsable de la financiación de otro monumento en honor a Falcón, levantado en la Escuela de Cadetes en 1925.⁴⁶

Finalmente, la comisión Pro Panteón llamó a un concurso de proyectos para la obra.⁴⁷ El primer premio fue adjudicado al proyecto “Atenas” de los arquitectos Blas Dhers y Carlos Devoto, que tenía una gran afinidad con el modelo del panteón de la Asociación de Socorros Mutuos de las Fuerzas Armadas, construido entre 1905 y 1907. El panteón policial fue inaugurado en 1922 en el Cementerio de la Chacarita.



Imagen 5. Proyecto del Panteón Policial

Fuente: Revista de Policía, año XXI, No. 475. 1ro. de abril de 1918

⁴⁴ “Pro Panteón de la Policía”, en RPC, Año XXI, No. 473. Buenos Aires: 1ro. de marzo de 1918, p. 95.

⁴⁵ “Pro Panteón de la Policía y Bomberos de la Capital. Simpática actitud del vecindario”, en RPC, Año XXI, No. 479. Buenos Aires: 1ro. de junio de 1918, p. 240.

⁴⁶ *Inauguración del Monumento al Coronel Ramón L. Falcón en la Escuela de Policía* (folleto). Buenos Aires: Imprenta y Encuadernación de la Policía, 1925. Centro de Estudios Históricos Policiales “Francisco Romay”, Policía Federal Argentina (en adelante CEHP).

⁴⁷ “El Panteón de la Caja de Socorros”, en RPC, Año XXI, No. 475. Buenos Aires: 1ro. de abril de 1918, pp. 130-131.



Imagen 6. Panteón de la Policía Federal Argentina

Fuente: fotografía del autor, Cementerio de la Chacarita, 2 de septiembre de 2008

La inauguración del panteón coincidió con el auge de los solemnes entierros de los caídos. No es casual la semejanza con el panteón militar situado a unos pocos metros en el mismo sector: los policías reclamaban un lugar en el culto necrológico a los héroes de la patria, evitando el desperdicio de los caídos en aquel césped descolorido, anónimo y uniforme que se extiende en el otro extremo del Cementerio de la Chacarita. Allí, precisamente, habían sido sepultados los muertos de 1871, en un espacio indiferenciado y alejado de las áreas urbanas. En 1922, la Chacarita estaba integrada a la ciudad y el “horror a los muertos” había sido reemplazado por el moderno culto a las tumbas, cuyo rito principal son las visitas al cementerio.⁴⁸ Construir un panteón era una forma de situar a los muertos de la policía en el espacio de los ilustres, en ese museo de hombres célebres más parecido a los pasillos de la necrópolis de Recoleta que a aquellos terrenos colmados de tumbas modestas que conforman la mayor parte de la superficie del Cementerio de la Chacarita.

El martirologio policial creció en forma notable durante la primera mitad del siglo XX. Se formó una suerte de hagiografía con pequeños santuarios en las comisarías. Una orden del día de 1927, por ejemplo, disponía que en cada dependencia en la cual había prestado servicios un caído, figurara un cuadro fotográfico con la inscripción de la fecha de defunción. Además, en los aniversarios de su muerte el jefe de esa dependencia debía recordar, ante la presencia de sus subalternos, “las circunstancias del acto en que aquél perdió la vida”. Y, por último, en el vestíbulo del Departamento General de

⁴⁸ Ariès, Philippe. “Contribución al estudio del culto de los muertos en la época contemporánea”, en *Morir en Occidente, desde la Edad Media hasta la actualidad*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2000, pp. 173-189.

Policía se colocaría un “cuadro de honor” para inscribir los nombres, jerarquías y fechas del “personal muerto en cumplimiento del deber”.⁴⁹

Este culto iconográfico fue acompañado por otros rituales: uno de ellos fue la confección de “listas” de caídos. De hecho, Cortés Conde finalizaba su *Historia* con un listado en el que fusionaba los policías muertos durante la epidemia de fiebre amarilla con los caídos anteriores y posteriores a 1871. En rigor, el único muerto anterior a la epidemia, que aparece allí mencionado, era el vigilante Eugenio Botaro, herido en una “refriega contra un negro que se había vuelto loco” y que atacó al policía con un cuchillo y un revolver.⁵⁰ Luego, Cortés Conde enumeraba los policías infectados por fiebre amarilla, mientras asistían enfermos y trasladaban cadáveres a los cementerios. En su gran mayoría eran sargentos y soldados, es decir, personal de tropa.⁵¹

La lista finaliza con un detalle de los caídos desde el año 1884. La mayor parte de ellos habían muerto en circunstancias que la policía cataloga como “enfrentamiento”, pero también incluía casos más bien accidentales: bomberos que sucumbían en incendios e inundaciones, un agente mordido por un perro rabioso, otro que recibió una patada mortal de un equino enfurecido o un escribiente que “estando de servicio vigilando la ribera, a consecuencia de la oscuridad reinante producida por la niebla, cayó al río perdiendo la vida”.⁵² Los motivos de muerte, en estos casos, no se ocultan, aunque la retórica en torno a la figura del caído aluda siempre al enfrentamiento con el delincuente:

*Larga, muy larga es la lista de los caídos en cumplimiento del deber. (...) Cada día una nueva víctima que cae bajo el plomo o el puñal alevé del delincuente, inscribe su nombre en el martirologio policial; y cada día, el claro se llena con otro hombre, dispuesto a entregar su vida si las circunstancias así lo exigen, con la serena tranquilidad del que cumple con un imperativo categórico de su conciencia.*⁵³

La intención de elaborar una lista completa de caídos se revelaba como una tarea difícil. El oficio policial era reafirmado como una *misión*, es decir, no como una profesión que se practica en un horario laboral específico sino como una condición ontológica. *Ser policía* significa portar un *estado policial*, una responsabilidad de intervenir a toda hora, una marca que

⁴⁹ CEHP. Orden del Día, 10 de septiembre de 1927.

⁵⁰ Esta noticia aparece en *El Nacional* de los días 28 y 29 de septiembre de 1869 (Sección *Crónicas de Policía*).

⁵¹ Cortés Conde, Ramón. Ob. Citada, p. 456.

⁵² Ídem, p. 459.

⁵³ Ídem, p. 454.

se llevaba consigo durante toda la vida. Así, en última instancia, cualquier policía que muriera, por cualquier circunstancia, era en sentido amplio un caído. Puede parecer una exageración, pero un libro necrológico publicado por la policía en 1965 sugiere lo contrario. Desde aquella orden del día de 1927, se llevaba un “registro del personal caído en cumplimiento del deber”. Otra resolución había dispuesto la creación de un “Álbum de honor – *In Memoriam*– de la Policía Federal Argentina, para perpetuar con nivel adecuado la memoria de los componentes de la institución que sacrificaron sus vidas en holocausto del deber y de la sociedad”.⁵⁴ Para ello se resolvía actualizar las fotografías del “cuadro de honor” y la nómina del personal caído.

A diferencia del libro de Cortés Conde, el nuevo listado no estaba organizado en forma cronológica sino que seguía un orden jerárquico. Comenzaba por la jefatura y estaba encabezado, claro está, por el nombre de Ramón Falcón. “Falleció –se lee- víctima de un brutal atentado que conmovió a la sociedad en general, obra de un ácrata que le arrojó una bomba cuando regresaba en un carruaje del cementerio de la Recoleta, expirando a las pocas horas”. El libro continúa con la Dirección de Seguridad que detentaba un solo caído: el Inspector General Angel Rivas, fallecido el 23 de marzo de 1936 víctima de un síncope cardíaco en su despacho.⁵⁵ Entre estos dos extremos, una infinidad de motivos posibles de muerte se inscribían en la nómina de caídos. Existe una suerte de desconexión entre la exposición de algunos casos y la retórica que acompaña al culto a los mártires.



Imagen 7. Entierro de vigilantes, 26 de enero de 1936

Fuente: Fondo Fotográfico del Archivo General de la Nación

⁵⁴ CEHP. Orden del Día, 3 de agosto de 1965.

⁵⁵ CEHP. *Nómina del Personal Caído en Cumplimiento del Deber* (folleto). Buenos Aires: Policía Federal Argentina, 1965.

En suma, como expliqué, el culto a los mártires tenía dos destinatarios: los propios policías y la sociedad. Por un lado afianzaba un sentido de pertenencia y de *misión*, por el otro pedía auxilio, compasión, apoyo espiritual, y hasta colaboración financiera. ¿Cómo sostener la vocación policial –preguntaban los policías– con los altísimos riesgos de perder la vida? “Sólo la comprensión cabal de la misión que deben cumplir dentro de la sociedad”, respondía Cortés Conde, “y el cariño de la población sana (...) compensa en parte esa desigualdad y les aporta nuevas energías y renovados bríos en la áspera lucha contra los elementos que viven al margen de la ley”.⁵⁶ No era tan fácil galvanizar la cultura policial confiándose en aquella “serena tranquilidad del que cumple con el imperativo categórico de su conciencia”, a la que se refería el mismo autor, si la sociedad no reconocía esa actitud, si no demostraba una cristiana clemencia hacia la policía.

El asesinato de Falcón activó la fórmula del mártir que, desde la década de 1870, y quizás antes, compartía el panteón de la hagiografía policial con el inquisidor. Es que el atentado reunía dos cualidades que le otorgaron una enorme carga simbólica. En primer lugar, la bomba de Radowitzky había matado al mismísimo jefe de la policía, al líder carismático. Esa explosión no podía sino conmover profundamente a una institución piramidal que quedaba decapitada. Pero además (y este segundo dato no es menos relevante) la bomba alcanzó también a Lartigau, al asistente de Falcón. Esta segunda muerte condensó todo el poder de convocatoria del sacrificio subalterno.⁵⁷

La doble pérdida envolvió, así, a toda la policía. El martirio no puede ser efectivo si los fieles no reconocen el sufrimiento ajeno como propio, si no se identifican en él. Para los policías, Falcón y Lartigau habían entregado, juntos, el don de sus cuerpos como si se tratara de un mismo cuerpo. De esta manera, una estela post mortem cubrió todo el cuerpo policial que se inclinó definitivamente ante los caídos en cumplimiento del deber.

⁵⁶ Cortés Conde, Ramón. Ob. Citada, p. 455.

⁵⁷ Una tercera cualidad, que dejaré para un trabajo posterior, es la *recursividad* del tema de la muerte en este atentado. El punto de partida fue la represión policial en el acto del 1ro. de mayo de 1909, que dejó 8 muertos y un centenar de heridos. La FORA decretó huelga general y organizó los cortejos fúnebres de sus mártires. El día 5 de mayo la policía vuelve a reprimir a los manifestantes cuando regresaban del Cementerio de la Chacarita. Radowitzky, el vengador de este hecho, atenta contra el automóvil en el que se trasladaba Falcón cuando salía del Cementerio de la Recoleta. Sobre los ritos y simbologías anarquistas en relación a los héroes y “mártires del proletariado”, véase: Suriano, Juan. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial, 2001, pp. 311-315.